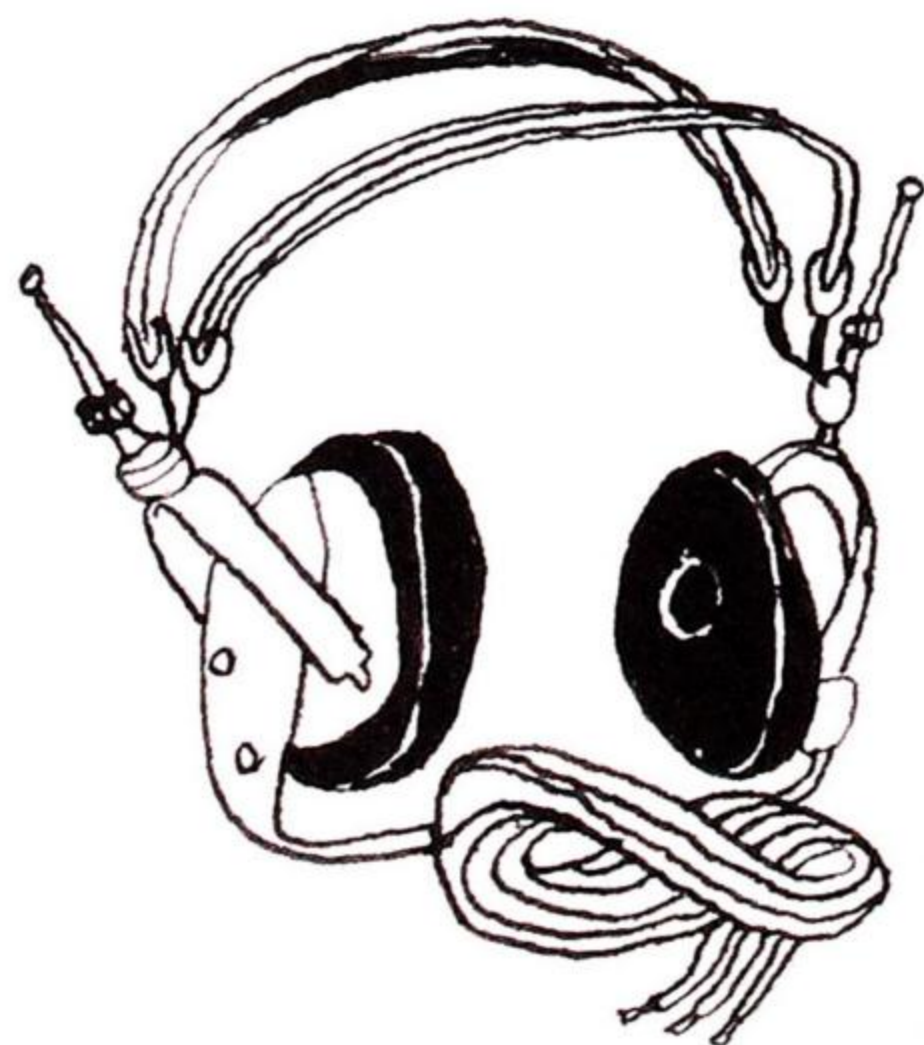


ello Colombia y Venezuela y para ello ¿envían el manuscrito? —me imagino— a la Presidencia de la República de Colombia. Allá hay unos señores, muy simpáticos también, que milagrosamente lo publicarán.

El prólogo, afortunadamente, es de Uslar Pietri, aunque copiado de *Bolívar hoy* (1990). Lo demás, unas brevísimas palabras de Jaime Posada y del general Valencia Tovar, y listo. Pero, desde la misma presentación, la jerga es insoportable: policulturidad global, alteridad, fuerza dinamizadora, la Espada aureolada de un alto potencial simbólico... Me siento a bostezar creyendo encontrarme con un discurso de algún académico de Barinas. Si el lector no me cree, le diré que la frase más “interesante” de la presentación podría ser ésta: “Otra tarea nos proponemos en este trabajo: remontar el tiempo hasta el punto en que la ‘distancia histórica’ a la que ya nos referimos, es mínima puesto que nos ocuparemos de las auto imágenes generadas por el propio Bolívar a través de sus discursos: emisor y sujeto de las acciones verbalizadas coinciden, y ello condiciona, por supuesto, las figuraciones bajo las cuales el ‘yo’ se va mostrando según sus sinceras convicciones o afectos, pero también según sus intereses y los reclamos cambiantes de los tiempos políticos”. En resumen, y si entendí algo, dejemos que sea el propio Bolívar el que hable.



Y así el resto del libro, cuando no interrumpe Bolívar, infinitamente más legible. Todo está lleno de una

retórica de la más pura bobería envuelta en palabras difíciles, como en la página 131, cuando explican así los consejos del Libertador: “El aconsejar constituye un campo destacado del texto; implica la capacidad de tomar distancia frente a la propia experiencia, para intentar hacerla fructificar en otro. Sólo una perspectiva amplia frente a los acontecimientos, su reflexión, posibilitan el aconsejar. En las franjas del texto en que esta modalidad del decir emerge, el yo se posiciona por sobre el devenir”. Yo, como me identifico con Héctor Abad en que también soy “superficial”, sólo puedo comentar: “No entendí una sola palabra de esto”.

¿Qué queda, de resto? Poco y nada. Bueno, podríamos reseñar aquí los discursos y proclamas de Bolívar; esto es, lo que se supone que las tres gracias salteñas quisieron hacer. Pero considero que no es éste el sitio para reseñar la Carta de Jamaica, cuyos aciertos o falacias, más que nosotros, ya los habrá dicho el tiempo. Entre tanto, este libro, como tantos otros, pasará a engrosar las mediocres filas de los perfectos idiotas latinoamericanos.

Pero voy al motivo de esta reseña. ¿Cómo y por qué se publicó este libro? ¿Se tratará de un convenio cultural bilateral por el cual el gobierno de Colombia se compromete a publicar estas páginas en tanto el argentino publicará a tres jovencitas de Valledupar que explicarán la obra de Sarmiento a los argentinos en la colección de la presidencia argentina llamada “Cien clásicos del Río de la Plata”? Lo ignoro. Tampoco quiero señalar con dedo inquisidor a nadie, pero sí me gustaría saber cuáles fueron los criterios con los que se adjudicó este contrato, ¡porque a lo mejor hasta les pagaron a las autoras! ¿Licitación pública? ¿Dedocracia? ¿Los demás que se le puedan ocurrir a un malpensado lector que bastante desconfía de los contratos públicos? No sé. ¿Cómo —me pregunto— el Consejo Asesor permitió esta publicación? Me extrañaría que hayan sido consultados Jaime Jaramillo Uribe, Fernando Charry Lara

y Hernando Valencia Goelkel, cuyos nombres aparecen, mal que bien, en los créditos... Como en tantos otros consejos editoriales, ¿habrán abusado exhibiendo sus nombres de ilustres especialistas como vacías condecoraciones que parecen ser nada más que un recurso publicitario para que el lector crea que alguien vigila para que sólo se digan cosas inteligentes?

Creo que no es a mí al que le toca dar explicaciones por este lamentable libro en una colección que pretendió mostrar sólo lo más grande de la literatura colombiana, y en sólo cuarenta volúmenes.

Pero bueno. Al mal tiempo, buena cara. Este libro me sugiere un par de buenas ideas. Una de ellas, probar fortuna para obtener una pronta fama. Y éste es mi consejo para hacerse autor de fama internacional sin mucho esfuerzo. En los próximos cinco minutos voy a pegar tres proclamas de Napoleón y diré un par de tonterías sobre ellas. ¡Quién quita que alguien en Francia caiga en la trampa y yo termine ocupando una silla en la Academia Francesa, al lado de Victor Hugo y de Balzac... que, por lo demás, ¡nunca consiguió entrar en ella!

LUIS H. ARISTIZÁBAL

La crítica contra los argumentos de autoridad

Crítica y ficción

Una mirada a la literatura colombiana contemporánea

Varios autores

Cooperativa Editorial Magisterio, Bogotá, 1998, 204 págs.

En primer lugar, el título de este libro, como tan a menudo sucede, poco o nada tiene que ver con su contenido. Se trata de una serie de conferencias organizadas por la Cámara Colombiana del Libro entre las

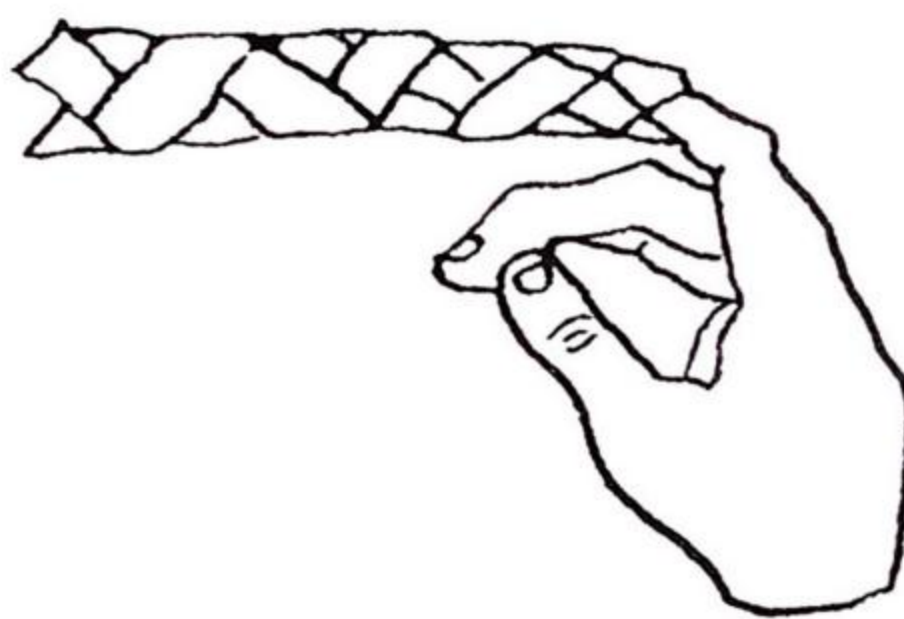
IX y X Ferias Internacionales del Libro de Bogotá y se caracterizan, como también casi siempre ocurre, por la heterogeneidad en todos los aspectos. Resultan una expresión del dichoso pluralismo y participación que tanto reclaman los colombianos, lo cual, para el buen entendedor, significa que lo bueno debe convivir en iguales condiciones con lo malo. Ponencias muy sugerentes y expresivas conviven con alguna escoria; alguna conferencia aquí es de ínfima, o mejor, de infame factura; de alguno de los expositores de este libro da escalofrío pensar que hubiera podido ser profesor nuestro; es más, da escalofrío pensar que haya podido ser profesor de alguien. Por lo demás, las frecuentes erratas delatan un paso de las conferencias, no del texto escrito, sino oralmente.

Se supone que el plato fuerte es la conferencia de Rafael Gutiérrez Girardot acerca del ensayo latinoamericano en el siglo XX. Y, en cierto sentido, sí lo es, porque invita a la reflexión y a la polémica. Tras leer aquello pensé que valdría la pena escribir una especie de comentario, casi una refutación, pero el plan se vino abajo al leer la conferencia de Óscar Torres sobre las relaciones entre la crítica literaria y el ensayo. Allí estaban expresados, y con mejores palabras que las mías, buena parte de los reparos que se me venían a la cabeza acerca de la visión de Gutiérrez Girardot.

Es por eso que, aunque hay cosas muy interesantes en el resto del libro, como lo de Jaime Eduardo Jaramillo, que es excelente, me referiré en particular, y más por falta de espacio que por otra cosa, sólo a dos de las conferencias aquí expuestas, puesto que sus propuestas, que por lo demás resumen tendencias extendidas, me parecen fundamentalmente opuestas y pueden ser leídas en parte como tesis y antítesis en puntos que tocan con el oficio de la crítica literaria en Colombia.

Hablemos, para comenzar, de “El ensayo y la crítica literaria en Latinoamérica”, de Rafael Gutiérrez Girardot. Su tesis, más o menos es, como en la célebre querrela de anti-

guos y modernos, que los ensayistas y críticos nacidos en Latinoamérica antes de 1950 —esto es, los contemporáneos de Gutiérrez—, son mejores que los de ahora. Las generaciones posteriores a 1950, para el autor, no tienen personalidades semejantes a estos escritores de antaño. La conferencia está destinada a tratar de demostrar que ésta no es una afirmación gratuita y que en su tiempo ellos realizaron una auténtica revolución; pero daría la impresión de que toda esa revolución es la defensa de los que eran jóvenes de su época...



Y, bueno, la de Gutiérrez Girardot es una visión, muy erudita por cierto, y la respetamos. El problema, como casi siempre ocurre, es que en las mansiones celestiales de Gutiérrez las habitaciones no son muchas y sí sus celdas infernales y su actitud de condena hacia todo lo que no concuerde con sus criterios. La función de la crítica, ya lo había dicho el autor en un escrito anterior, consiste primordialmente en “la tarea de fundamentar, que es poner en tela de juicio, poner a prueba, examinar las pretensiones y aspiraciones de una teoría o de una corriente de pensamiento”. Me parece que Gutiérrez Girardot cae con una facilidad enorme en esos esquemas reductores, tan sospechosos, que legislan sobre qué se puede escribir y qué no. Para darles peso a sus ideas, Gutiérrez Girardot desdeña al crítico o ensayista que se pretende simple lector curioso. Así, la ha emprendido desde tiempo atrás (véase, por ejemplo, el artículo sobre la literatura colombiana en el *Manual de historia de Colombia* de Colcultura) contra lo que se supone hay de falso en lo que llama la “cultura señorial y de viñeta” que habría dominado las letras colombianas,

basada en una supuesta “estética de la dominación” de cierta clase social que Gutiérrez llama “los hijos de la alta clase media bogotana” y que evidentemente le molesta, tan artificial como la poesía de Valencia, y que lo lleva a negar movimientos como los de la Gruta Simbólica, el grupo de los Nuevos, el grupo de Piedra y Cielo o el “anecdótico sabanero del patriarca liberal Tomás Rueda Vargas” y que tendría que negar, a pesar de sus valores, a escritores como Hernando Téllez o a Álvaro Mutis o a Juan Gustavo Cobo Borda, quienes como críticos no presumen de nada más que de ser fervorosos y entusiastas lectores.

No niego que algunos escritores hayan sido representantes de una clase —es el caso, más patético aún si se quiere, de Alberto Ángel Montoya, a quien su autoproclamación como el poeta de la clase alta le ha costado demasiado y ha llevado a que sus críticos no se tomen siquiera la molestia de leerlo—, pero creo que se equivoca Gutiérrez al pretender que su valor se sustentara solamente en la dominación de una clase. El escritor que apenas representa a una clase o grupo desaparece una vez que desaparece su poder político o social, después de su muerte. Sólo sobreviven aquellos escritores que han planteado valores estéticos permanentes. Y esos valores pueden estar en el estilo, así los argumentos sean triviales o el escritor no sea un analista de su entorno social y político o practique esa “consigna de improvisación” que lleva a Gutiérrez Girardot a afirmar que “hasta hoy nuestros pueblos sólo han conocido y practicado una técnica, el talento”. Hernando Téllez y Rueda Vargas son ejemplos patentes de aquel tipo de escritor diletante de aquél que podría decir, para acudir a una buena novela ya *datée*, un personaje de *La gaviota* de Fernán Caballero: “Escribiremos como cantan los pájaros por el gusto de cantar y no por el gusto de que nos oigan”.

Pero en la estética de Gutiérrez Girardot, imbuida del dogmatismo socialista de una época, con su mal entendido cientificismo de presumi-

ble cuna marxista y de mayo del 68 y de todo ese fárrago sartreano de la literatura comprometida, el escritor que no intente ahondar en los problemas sociales de su entorno no vale. A este tipo de crítico le interesa sólo la “descripción de las condiciones culturales, sociales y políticas del ensayo y una concisa caracterización de él, es a saber: la relativización del saber, la invalidez de los dogmas políticos y eclesiásticos”, de “ese pertinaz dogmatismo que infundió en Latinoamérica el ‘catolicismo visceral’”. De allí juicios tan panfletarios como aquél sobre el hagiógrafo-novelistas José María Escrivá de Balaguer, “cuya novela *La abadesa de las Huelgas* tuvo tan ínfimo éxito que, para compensarlo, no le quedó otro camino que el de fundar el Opus Dei, cuya Biblia de bolsillo se llama precisamente *El camino*”, dictamen que suena más a algún resentimiento de juventud que a juicio crítico.

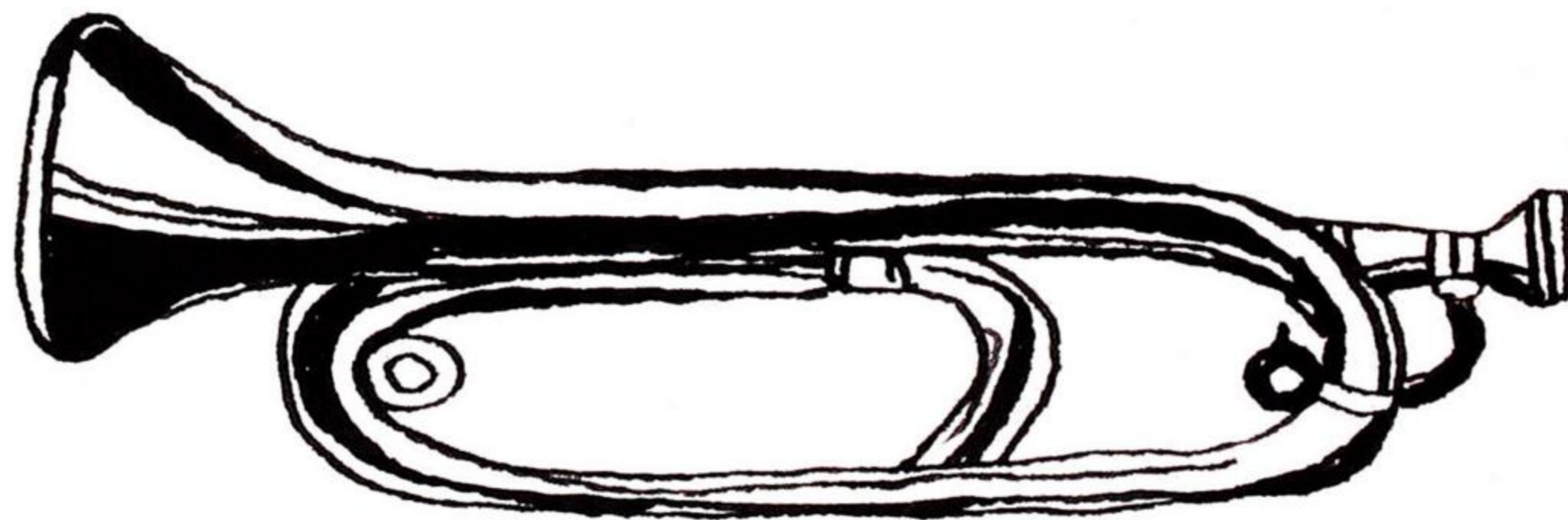
Al leer algunos de sus juicios, se me antoja que Gutiérrez Girardot intenta erigir el resentimiento en categoría crítica. Y si bien es objetivo en frente a escritores europeos, no ve en la literatura latinoamericana más que problemas de clase. Una de sus formas de análisis es la invectiva impregnada de odio social en nombre del odio al odio racial y de clase, contra unos enemigos que amparados “a la sombra del anticomunismo y en nombre de un populismo nacionalista irracional y ambiguo iniciaron el camino de la disolución de los países latinoamericanos”. El crítico parece rabiarse frente a una presunta sociedad cachaca que vive de descalificar todo lo demás con el calificativo de “indio”. Y él, con comodidad del clasista anticlasista, define lo que es la trivialidad para descalificar sumariamente escuelas y autores. Se olvida, por supuesto, del origen modesto de los Eugenio Díaz y pone mote de cachacos antiboyacenses, veladamente racistas, a los miembros de la Gruta Simbólica, entre los cuales estaba un chiquinquireño, Julio Flórez, así como el príncipe de Fúquene, el “Jetón” Ferro, a quien, por cierto, ni llega a mencionar. Así,

un párrafo típico de presunta “crítica literaria” podría ser como sigue:

Gracias a este clientelismo de tipo señorial, la República conservadora salvó a los más brillantes hijos de la alta clase media, cuando llegaba el caso, de compartir la pobreza del pueblo, que éste soportaba con impuesta resignación cristiana. Para los campesinos y trabajadores especialmente, resignación cristiana significó una paradójicamente descontenta sumisión a la sociedad señorial, que mucho más tarde fue interpretada ontológicamente como innata “melancolía de la raza indígena”. [Manual de historia de Colombia]

Interpretada además, me atrevo a agregar, aunque Gutiérrez no lo diga, por un escritor de Paipa.

Pero en la presente conferencia, como en muchos otros de sus escritos, Gutiérrez Girardot no la emprende contra los nacionales sino contra escritores “de más alto coturno” o que rinden mejores dividendos y en especial contra sus dos “bestias negras” preferidas para el ensañamiento: Ortega y Gasset y Octavio Paz.



Ortega y Gasset, “que entre los dos no hacen un filósofo”, como dictaminó alguna vez Borges —y aquí cuando menos tiene un cómplice: Gutiérrez Girardot— es la víctima preferida. Le molestan casi todas las ideas de Ortega, en especial aquella tesis que sostuvo en la “Carta a un estudiante argentino que estudia filosofía”, de 1934, en donde declara que el argentino, y por extensión el latinoamericano, carece de las virtudes que exige el estudio filosófico. Quizá sea cierto que ésa era idea de

segunda mano y mal repetida, porque recuerda ciertas nociones de Hegel, así como un casi desconocido párrafo de Henry James:

¡Somos los desheredados del Arte!... ¡Estamos condenados a ser superficiales! Se nos excluye del circo mágico. La tierra de la percepción americana es un pequeño depósito, pobre y estéril. ¡Sí!, estamos casados con la imperfección. Un americano, para sobresalir, tiene que aprender diez veces más que un europeo. Nos falta ese sentido profundo. No tenemos gusto, ni tacto, ni fuerza... Nosotros, pobres aspirantes, debemos vivir en perpetuo exilio...

Se queja Gutiérrez de los subterfugios de tipo orteguiano por el estilo de “ya yo lo dije antes” (aunque es posible que en realidad Ortega sí lo hubiera dicho antes).

La otra víctima es Octavio Paz: “Éste es el huerto de injertos provincianos seudocosmopolitas en el que florece el famoso ensayo sociopsicológico *El laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz”.

O bien, “curiosamente los ensayos de Octavio Paz están hechos con sentimientos disfrazados de erudición de segunda mano”. Contraponer Gutiérrez a Borges —que parece monedita de oro y que es citado siempre en apoyo de cualquier teoría o de cualquier aversión—, que es, si se quiere, el arquetipo del *poeta doctus*, “frente al cual los ensayos de José Lezama Lima o de Octavio Paz son virtudes narcisistas en el sentido de que lo ‘docto’ de sus ensayos es, casi sin excepción, moneda falsa

para presentarse en el escenario como estrella ante un público que para ellos es objeto de su 'pour épater le bourgeois' [sic]".

¿Ignora Gutiérrez el francés, o se trata de un error de transcripción?

No evita, por lo demás, el peligro de afirmaciones que "echan a la guerra" a otros, como Rafael Humberto Moreno Durán, cuyos ensayos sobre la literatura alemana de principios de siglo, *Taberna in fabula*, "no sólo muestran preciso conocimiento de las obras y sus contextos, sino no tienen pretensión de exhibir erudición, como lo hace con pseudo-erudición casi siempre de segunda y tercera mano Octavio Paz en *El arco y la lira*". En fin.

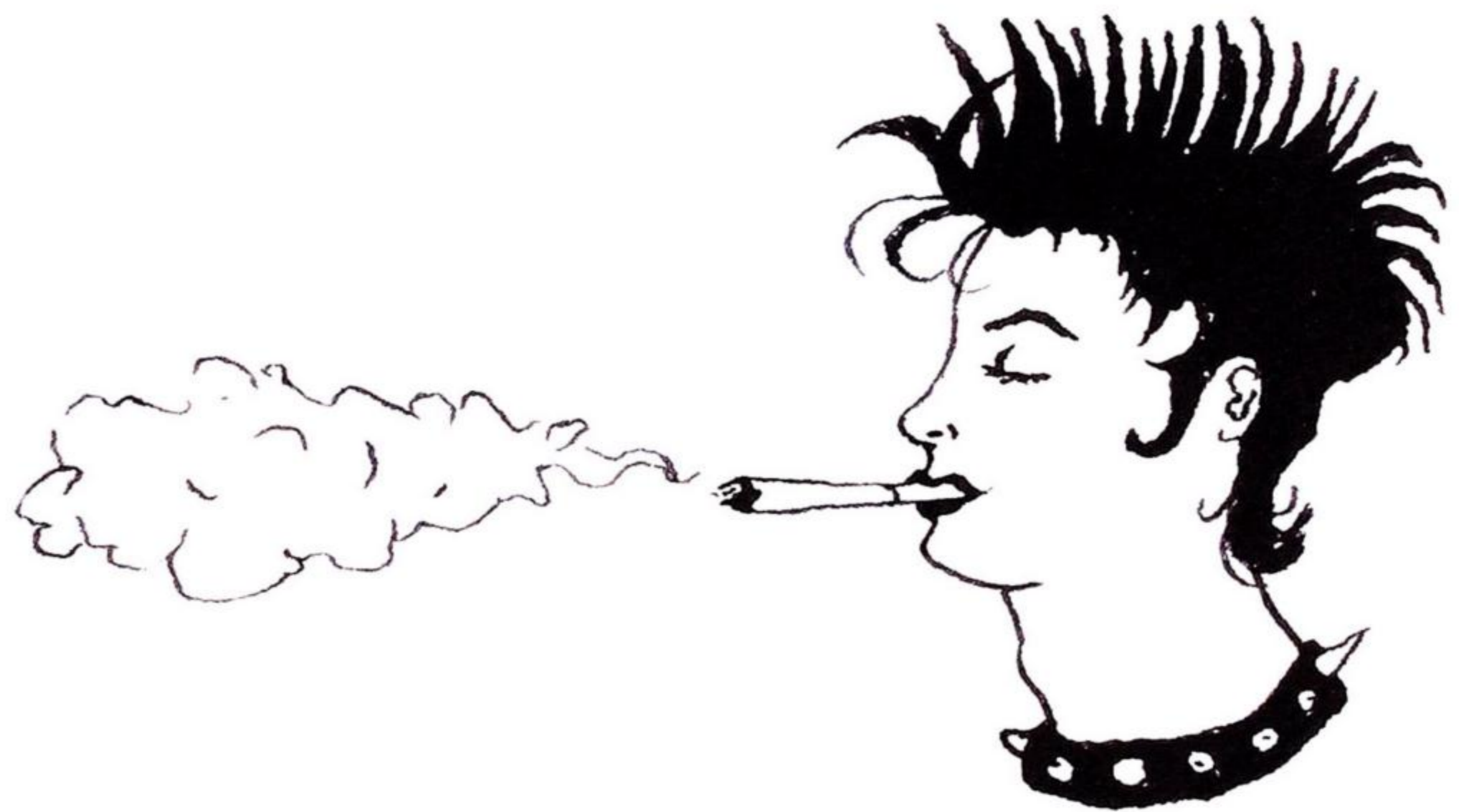
Fustiga Gutiérrez otros caminos del ensayo y la crítica, acaso con mayor razón: el de la especulación nebulosa sobre lo que se llamó el "ser" de América. "En torno a este callejón sin salida filosófica, Leopoldo Zea, padre del provinciano engendro, formó el grupo llamado misteriosamente 'Hiperión' que dedicó sus esfuerzos a dilucidar 'filosóficamente' fenómenos sociales". Aquí no puedo más que estar de acuerdo.

Pero mientras trata de genios a los que defiende, a los que execra los despacha con dos palabras, un epigrama insultante, un epíteto facilista; contra los facilistas, como cuando se refiere a "la caciquil crítica literaria de la apología, que, naturalmente, sólo argumentaba con impresiones".

¿Pero qué aporta, entonces, Gutiérrez Girardot en su conferencia? Por desgracia, este escrito crítico no es un ensayo sino una reseña histórica de nombres, un catálogo de nombres. El crítico se dedica a lanzar nombres propios con la esperanza de descubrir joyas entre el pajar. ¿Que han sido mal leídos todos estos autores que menciona? Ciertamente. No cabe duda. ¿Que habrá alguna joya entre ellos? Es probable. Pero lo que sí es cierto es que la mayor parte de ellos, si han sido mal leídos, lo han sido más en sentido inverso y que en cada país de América pululan las Academias y los panegíricos provincianos que habrán procla-

mado de cada uno de estos "genios" que es el mayor escritor de la lengua, y creo que si deben releerse es más para acentuar sus deficiencias que sus aciertos, pero no resulta muy halagador reconocer que si eso era lo que pensaban los intelectuales hispano-americanos y ésa era la manera como escribían cincuenta años atrás, ¿cómo sería la cultura (o incultura) general? ¿Cuánta la medida del atraso? Y por otra parte reivindicar nombres ilustres como los de Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña resulta tarea superflua, porque ya ha sido hecho, y con éxito.

definir los límites de los términos. Escribió Nicolás Gómez Dávila que "la finalidad de las ciencias sociales no es la solución de problemas, sino la redacción del repertorio completo de preguntas...". Y es lo que hace Torres: duda, se pregunta, plantea. "Si lo que produce el crítico literario, cuando escribe, no es ensayo, ¿qué es? Y si es ensayo lo que escribe, ¿qué es un ensayo?" Incluso rectifica: "La pregunta era realmente ésta: ¿pueden los trabajos de crítica literaria no ser ensayos?". Y en los matices de su respuesta propone una visión mucho más flexible que



Ahora sí paso a la lectura, que me resultó sorprendente, de la conferencia de Óscar Torres, no sin antes advertir que en modo alguno ella quiso ser una refutación de la de Gutiérrez Girardot y que jamás ataca sus posiciones. Por el contrario se afirma en ella que Gutiérrez es un crítico que a la vez es ensayista, y más aún un historiador literario, preocupado ante todo por traslucir las articulaciones sociales que convergen en la creación y en la interpretación de una o muchas obras literarias, de uno o muchos autores. Y agrega que sortea su difícil escollo con su inmensa formación, con el cable a tierra de lo que alguien llamaría "la experiencia leída".

"La crítica literaria: entre el ensayo y la academia", de Óscar Torres Duque, pretende, ante todo, examinar las relaciones entre la crítica literaria y el ensayo, y comienza por

la de Gutiérrez Girardot. Comienza por afirmar que, en particular, el ensayo se opone al carácter cada vez más especializado de las ciencias humanas. Lo científico, tan presente en la crítica de Gutiérrez, no es un componente necesario de aquella. El mito de la "profesionalización" y científicidad del crítico literario, nos dice, no es más que un complejo de inferioridad frente a otras profesiones socialmente productivas y al parecer carentes del "margen de error" de la crítica. "El error (o mejor, su sofisma de distracción) del pensador abstracto consiste en creer que su autoridad será más incuestionable mientras más se aproxime a una verdad única o a grandes verdades generales, haciendo, claro, sustracción de materia".

Pero el crítico puede sustentarse en un humanismo bien entendido. Es por eso que reclama Torres un

retorno del escritor de prosa de pensamiento al humanismo antes de agregar que “el humanismo paradigmático del *Quattrocento* es la filosofía que debe oponerse a la especialización educativa de nuestro tiempo”.



Las oposiciones con la visión de Gutiérrez Girardot son claras, pero no paran ahí, ni mucho menos. “La resolución del problema —afirma Óscar Torres—, sería tan sencilla como ésta: el ensayo es una elección personal, porque se engendra allí donde su autor ha encontrado una relación personal, propia, con el tema”. Nada más. Es curioso que Gutiérrez Girardot afirmara más atrás que la “respuesta personal a preguntas objetivas es una característica del ensayo y, en particular, del ensayo hispanoamericano de la primera mitad de este siglo. Pero la subjetivización del objeto (‘una respuesta personal’) es simplemente narcisismo”. Narcisismo que no quiere oír hablar de estilos, ni de gustos. Y es que podríamos aventurar que la crítica, al modo del profesor Gutiérrez, no tiene pretensiones de ser en modo alguno “ensayo”. A lo cual responderá Torres:

¿Por qué hacerse la pregunta “¿es el ensayo una modalidad de la crítica literaria?” Ya se va viendo: porque eso quisiéramos, y porque es indudable que existe, focalizada en las facultades de letras, una —y resalto las comillas— “crítica literaria” que ignora la

expresión ensayística porque ignora sus bondades; una crítica académica, impersonal y casi-rigurosa que se regodea en citar, en emplear terminologías pomposas, acuñadas y nunca cuestionadas, y en sacar conclusiones que eran en realidad obviedades implícitas en los modelos empleados [...] esta existencia de la crítica, dirigida exclusivamente a la mínima logia de los iniciados, crea una sombra de prejuicio sobre la verdadera crítica.

Y agrega que la gran crítica literaria se ejerce desde y a través del ensayo.

No se podía ser más claro. Aquí es donde entramos en el problema que siempre elude Gutiérrez Girardot metiéndose en el burladero. Y es el problema del estilo, que todo lo salva. Como dice Torres, en el ensayo no existe la buena idea mal escrita. En la visión de Torres nadie más que el ensayista tiene autoridad para decir lo que dice en sus propios textos. Y trae a colación un ejemplo que me parece bastante didáctico y notable:

Si su idea es que el nombre “Homero” no designa una creación anónima, y ello lo han repetido ochenta o cien obras en varias lenguas antes que él, ella es igualmente válida y autorizada si parte de una vivencia personal de la lectura de las obras de Homero. Críticamente también es atendible, pues su formulación es nueva y por tanto nuevas sus relaciones. La idea no es lo importante; lo importante es su carácter, su nueva manera de hacerse concreta y hacer concreta la realidad “Homero” de que habla.

“El verdadero ensayista —dice nuevamente Torres— hace sustracción de verdades para mostrar la importancia vital de una materia concreta”. Poco aporta, según eso, la genealogía, propia de la historia literaria. “Sin querer pecar de posmoderno, mucho me temo que la genealogía ha agotado ya sus posibilidades de enriquecimiento de los estudios literarios”.

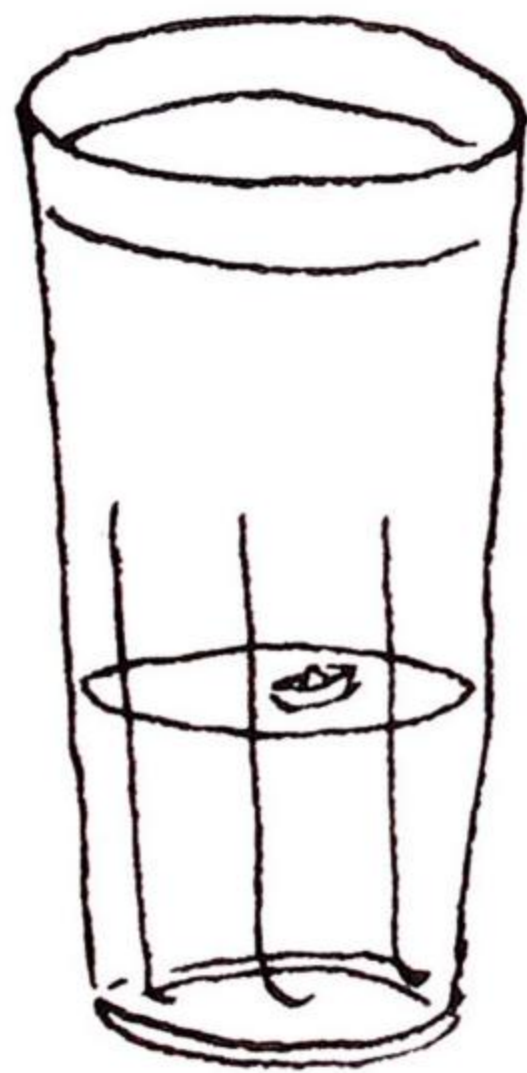
La crítica no aplica modelos sino que dialoga con ellos, los cuestiona. En esto me identifico plenamente con la visión de Óscar Torres. Tengo, como decía Flaubert, el entendimiento obtuso para las ideas poco claras. Detesto aquellas ideas que son más retorcidas que un quipu incaico. Y no entiendo maneras de escribir sobre literatura que no sean a su vez literatura. Es lo que Goethe formuló con la frase: “Crítica literaria es literatura sobre la literatura”. O bien, y para seguir con Goethe, hablemos mejor de afinidades electivas, para evitar afirmaciones demasiado enfáticas. ¿Por qué? Porque la inteligencia de un autor es lo único que me permite un diálogo con éste... Es un caso de inteligencias afines —no digo que seamos los más inteligentes, sino los más afines.

El léxico es muy importante y se relaciona íntimamente, creo, con la claridad mental del lector. Mircea Eliade escribió famosamente que lo propio del hombre es fabricar símbolos. Yo añadiría que es lo propio del hombre, pero sobre todo del hombre ignorante. Todo el que no sabe expresarse inventa simbolismos o se vuelve esotérico. Al respecto, transcribo un delicioso pasaje del ensayo de Torres:

Lo malo no es que existan las palabras “metadieético”, “deixis”, “isotopía”, “constructo”, “hipotexto” o “sociolecto”; lo malo es que ya sean palabra de Dios y en los “estudios” no sean empleados críticamente: explicados, argumentados y confrontados... ¿Cómo es posible que en los posgrados de literatura se presenten y acepten trabajos como —y sólo doy títulos ficticios— “La intertextualidad en Pedro Páramo”, “La resemantización polifónica en Cambio de piel”, “El narrador amoroso de Sin sentido, de Juan Rodríguez, un caso ejemplar de extradiegésis”? Cuando se leen las introducciones de algunos de esos trabajos —también me pregunto quién los lee—, uno piensa en aquel sarcástico poema de Leonard Cohen acerca de sus

maestros, cuando dice que uno de ellos andaba muy ocupado en escribir un tratado sobre la simbología fálica del falo.

Pero, además, en el fondo la crítica, y con ella el ensayo, se sustentan, para quienes así lo pensamos, en un problema que no es más que de gusto. No prohibimos, pero preferimos. Como diría Nicolás Gómez Dávila (otro representante de la clase dominante, por supuesto), de buena parte de los críticos puede afirmarse que no es que tengan mal gusto, sino que simplemente no tienen gusto. Ese gusto que es, al fin y al cabo, lo único verdaderamente importante que puede tener un hombre, como diría García Márquez. Y eso, digan lo que digan, no lo dan sino natura y una buena educación, el “haber gateado en tapete”, como dice un amigo cachaco cuyos apuntes despertarían las iras inmediatas de Gutiérrez Girardot. El verdadero crítico, como resalta Torres, se conoce no por sus argumentaciones sino por la calidad de lo que escoge. Todo gran crítico, así, resulta ser, en última instancia, un antólogo.



Pero hay críticos literarios —añade Óscar Torres como para acabar de fijar las diferencias de posturas con el profesor Gutiérrez—, que un día olvidan las obras que los hicieron vibrar, y empiezan a escribir sobre abstracciones y generalizaciones; son los teóricos y los historiadores.

En este país, para que sea considerado importante lo que alguien

hace, tiene que suceder una de dos cosas: o que sea hijo de alguien conocido y los medios lo proclamen genio, o que alguien en Alemania diga que lo que hace fulanito es importante; o sea, como decía Heinrich Böll, que tres generaciones de charlatanes alemanes lo afirmen.

No importa que una voz como la de Óscar Torres sostenga una idea importante y lúcida; sabemos que sólo será escuchada cuando hayan desaparecido los gurús de turno —como Gutiérrez Girardot— y herede a su vez el trono vacante de la crítica. Ése es el punto. Para mí el problema mayor de la crítica en Colombia no es la inexistencia de críticos sino que las voces sensatas puedan ser escuchadas con alguna resonancia. Pero sería necesario que primero se supiera que vale más la sensatez que el ruido con que se proclamen las cosas. El mayor problema sigue siendo la existencia de gurús, de argumentos de autoridad, sobre todo a través de los medios masivos de comunicación. Nos encanta el argumento de autoridad, ese acercamiento a Papá Noel que divierte la candidez de los niños. Tenemos, no sé si por naturaleza, espíritu gregario, y nos dejamos llevar como ovejitas a todos los mataderos del espíritu. En un país que ignora los criterios de calidad, un gurú se hace de varias formas: o por nacimiento o por influencias, y se establece cuando es el único nombre conocido a nivel nacional en cualquier actividad. Hay además gurús impostores (los que no saben nada de un tema pero pontifican sobre él). En este sentido considero que la labor de los principales medios de comunicación del país ha sido funesta. Basta repasar las páginas editoriales para observar qué es lo que se considera la “intelectualidad”. Desde luego, es corriente considerar que una buena actriz también puede juzgar sobre literatura o sobre política, o que un periodista deportivo imparta cátedra sobre García Márquez. Por otra parte, hay los gurús sabios y lejanos: los que no importa qué digan porque se supone que saben tanto que nadie los entiende; a és-

tos últimos, es el caso de Gutiérrez, basta que otros lo mencionen. Y si lo que dicen es confuso para las gentes sencillas, como en el caso de Gutiérrez Girardot, tanto mejor.

Así se entiende que la crítica, sin norte, ande a tientas, dando bastonazos para un lado y para el otro, sin atreverse a fijar criterios de valor. Buena parte de nuestros críticos quieren darnos la idea de estar escribiendo las páginas definitivas, y desde el centro mismo de la autoridad. ¿Cuándo una duda, la expresión de una vacilación, en ellos? Siempre dogma, siempre el espíritu del “yo soy el que sé, y ¡ay del que lo ponga en duda!”.

Pero la actitud juiciosa, la actitud consecuente, es, como diría Valencia Goelkel, una de análisis y enjuiciamiento. O, como propone Umberto Eco, mantener una crítica escéptica, lúcida, dotada de sentido del humor y el menor respeto posible por la autoridad. Pero cuán lejos estamos todavía de ella. ¡Qué difícil es no apartarnos del camino! Nos sigue importando demasiado lo que se diga en Alemania, porque al fin y al cabo lo que opinen otros es la medida de nuestra inferioridad.

Al final de su exposición se refiere Torres a Hans Magnus Enzensberger en su sugerente ensayo “Una modesta proposición para proteger a la juventud de los productos de la poesía”:

...los más avisados entre los estudiantes hace tiempo que lo han comprendido [:] Saben muy bien que el objeto del trabajo de clase no es en absoluto la poesía, sino que se trata de evitar rigurosamente toda lectura individual para, en su lugar, adivinar la ‘interpretación correcta’ en la mente del profesor y de este modo poder reproducirla con la máxima fidelidad. [Mediocridad y delirio, Anagrama, 1991, pág. 34].

Esto me recuerda una anécdota de Robert Graves en sus memorias, ¡Adiós a todo eso! Un profesor de literatura le dice al joven alumno: “Según entiendo, señor Graves, los

trabajos que usted hace para su profesor de inglés son, digamos, un tris temperamentales. Más aún: parece que a usted le gustaran unos autores más que otros”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Erudito escritor, empedernido trashumante

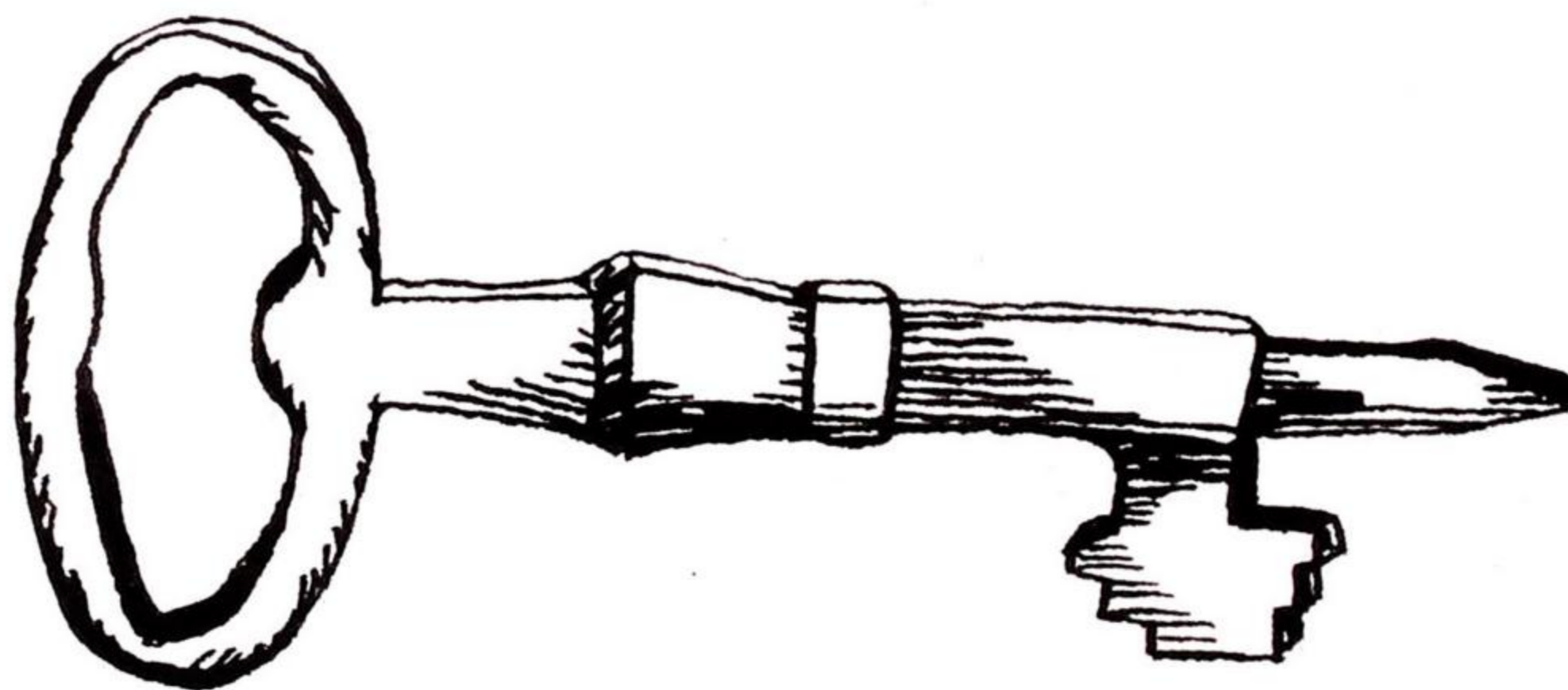
Crónicas de un caballero andante, 1958-1999

Germán Espinosa

Ediciones Aurora, Bogotá, 1999, 427 págs.

En Colombia desde los inicios del periodismo, en 1791, hasta nuestros días, los periódicos se han convertido en el refugio de políticos, escritores e intelectuales. Algunas veces en las diferentes secciones periodísticas han nacido y se han formado grandes escritores y no pocas veces grandes obras. En la crónica y en el reportaje, sobre todo, han crecido la mayor parte de los principales escritores colombianos. Con el tiempo esos trabajos han sido recopilados en volumen, casi siempre cuando el escritor ha alcanzado la gloria, convertidos en indispensables documentos de estudio de los comentaristas, críticos y expertos literarios. Así, el libro *Crónicas de un caballero andante* del afamado escritor cartagenero Germán Espinosa (1938) es un claro ejemplo de lo dicho: en las 427 páginas que integran el libro se puede hacer el lector una idea bastante aproximada del proceso formativo del escritor, de la evolución de su pensamiento, de sus gustos, etc. En efecto, el volumen es una selección que comienza con una crónica, escrita en 1958, sobre Gonzalo Arango y el nadaísmo, y termina con una escrita en 1999 sobre el fin del siglo y el surgimiento de las religiones de

la desesperanza, pero cuyo mayor énfasis está centrado en las crónicas escritas y publicadas por Espinosa en la década de los setenta. Subrayando que, salvo las doce crónicas sobre Kenia, cada una de las cincuenta y nueve crónicas sólo tiene el año en que fue escrita, el lector tiene que poner mucha astucia para adivinar si fue escrita y publicada en un diario o revista de Bogotá, Cartagena, Lima, Berlín, Múnich, Copenhague o Nairobi. Sin embargo, algunos hechos narrados en las crónicas, al ser editados, en el volumen que nos ocupa, cuentan el final de las historias, lo que les da un importante valor testimonial, pero sobre todo cierto sabor a que todo tiempo pasado fue mejor.



Sin lugar a dudas, don Germán Espinosa es un erudito escritor y un empedernido trashumante. En la selección publicada por Ediciones Aurora podemos apreciar buena parte de los intereses del consagrado escritor cartagenero: la literatura, la pintura y el cine: “La diva y la misántropa” (1974), en la que nos recuerda a la “divina” Greta Garbo; “Palabras sobre Ingmar Bergman” (1974), sobre el gran director sueco, crónicas que nos evocan la época no muy lejana en que se realizaban en Bogotá ciclos de grandes actores y directores, que permitían a los cinéfilos viejos recordar y a los jóvenes conocer grandes figuras del cine mundial. En “La muerte de Vittorio de Sica” (1974), Espinosa hace una semblanza del gran director del neorrealismo italiano. Podemos conocer sobre los estudios regulares de

Espinosa, cumplidos en el cartagenero Colegio de La Esperanza, institución que Espinosa lleva en su corazón (1970), y un periodo importante de formación como fue su estadía de un año en Nairobi (Kenia), siguiendo tal vez los pasos de Hemingway pero sin interesarse por la caza y demás aficiones que apasionaron al gran escritor norteamericano. En total aparecen doce crónicas de ese periodo africano: “Divide y vencerás” (1977), que versa sobre las tribus indígenas de Kenia; “El arte africano” (1977), que pasa rápidamente revista a la rica y casi anónima producción artística africana, “Claruscuros africanos” (1977), “En el país de los maasais” I y II (1977), “El asesinato de Kariuk” (1977),

“Las raíces milenarias” (1977), “Festus, el askari” (1978), “La prisión de Ngugi” (1978), “La gran veda” (1978), “El expatriado imprescindible” (1978), que son un buen ejemplo de la observación de un latinoamericano sobre unas culturas y países totalmente desconocidos, de los que solamente nos acordamos cuando sus grandes atletas pulverizan las marcas mundiales de medio fondo y fondo, o cuando observamos en la televisión unas impresionantes tomas sobre el hambre allí existente, pero que están más cerca de lo que imaginamos. Gran parte del choque cultural que debió sufrir Espinosa en África se aprecia en “Grass y la intolerancia” (1978), que cuenta la poca grata experiencia del hoy premio Nobel de literatura, el alemán Günter Grass, ante los escépticos estudiantes de la Universidad de Nairobi.